

EL DESTRUCCIONISMO¹

LUDWIG V. MISES

1

NATURALEZA DEL DESTRUCCIONISMO

Para el socialista, la transición de la sociedad actual al socialismo es el paso de la economía irracional a la economía racional. La anarquía reinante en la producción dará paso a la dirección planificada de la economía. Hasta el presente la sociedad sólo había tenido como finalidad la ventaja particular de los individuos, ventaja desprovista de razón y contraria al interés general; el socialismo la sustituirá con una sociedad que será la encarnación misma de la razón. A la distribución injusta de los bienes sucederá un reparto equitativo; la necesidad y la miseria desaparecerán y todos gozarán de prosperidad y bienestar. Ante nosotros se abre un paraíso en el que el conocimiento de las leyes de la evolución histórica nos da la certeza de entrar algún día. Pues la historia conduce a esta tierra de promisión y el pasado ha sido sólo una etapa preliminar hacia nuestra salvación.

Nuestros contemporáneos ven el socialismo bajo este aspecto y creen en sus excelencias. Es un error pensar que el dominio de la ideología socialista se limita a los miembros de los partidos que se llaman socialistas o —lo que en la mayor parte de los casos resulta lo mismo— sociales. Los demás partidos políticos se hallan actualmente impregnados de las ideas directrices del socialismo, y aun los pocos adversarios que lo combaten con resolución son víctimas de la influencia de dicha doctrina. Estos adversarios están convencidos también de que la economía socialista es más racional que la economía capitalista, que asegura una distribución más equitativa

¹ *Socialismo*, Unión Editorial, 2007, Capítulo XXXIII, pp. 459-469.

de los ingresos, que es el fin necesario de la evolución histórica. Si se oponen al socialismo, lo hacen a conciencia de que luchan en defensa de intereses particulares contra una evolución que coincide con el interés general y con las exigencias de la ética. En su fuero interno están convencidos de lo inútil de su resistencia.

Y, sin embargo, la ideología del socialismo sólo es la transformación de mezquinos sentimientos en un grandioso sistema racional. Ninguna de sus teorías puede resistir la crítica de la ciencia y todas sus deducciones carecen de fundamento. La falsedad de su concepción de la economía capitalista se ha demostrado desde hace largo tiempo, y el plan que ha formulado para la sociedad futura se presenta lleno de contradicciones internas y es, en consecuencia, irrealizable. El socialismo no sólo es incapaz de hacer más racional la economía, sino que destruiría toda colaboración social. Decir que traería más justicia es una afirmación por completo gratuita, cuyo origen se encuentra, según hemos demostrado, en el resentimiento y en una falsa interpretación de los fenómenos económicos tal como acontecen en el régimen capitalista. Decir que la historia no deja a la sociedad más alternativa que el socialismo es una profecía que no se distingue de los sueños milenaristas de las sectas cristianas primitivas sino por sus pretensiones científicas.

El socialismo no es en realidad lo que pretende ser. No es el iniciador que abre el camino a un porvenir mejor y más hermoso; es el destructor de todo lo que penosamente han creado siglos de civilización. No construye, sino que destruye. Si llegase a triunfar, debería dársele el nombre de destruccinismo, porque es, en esencia, la destrucción. Nada produce; se limita a dilapidar lo creado por la sociedad que se funda en la propiedad privada de los medios de producción. Dado que no puede haber organización socialista de la sociedad —abstracción hecha de la posibilidad de realizar el socialismo parcialmente dentro de una sociedad basada en la propiedad privada—, cualquier paso en el camino del socialismo conduce a la destrucción del orden existente.

La política destruccinista es la disipación del capital. Sin duda, apenas pocas gentes se dan cuenta de este fenómeno. La dilapidación del capital puede comprobarse, ciertamente, por medio del cálculo y entenderse con la ayuda de la inteligencia, pero no se revela en forma palpable a todos. Para descubrir el vicio de una

política que aumenta el consumo de las masas con detrimento del capital existente y que, por tanto, sacrifica el porvenir en favor del presente, se requiere una inteligencia más penetrante que la que es común en los hombres de Estado, en los políticos y en las masas que los han elevado al poder. Mientras permanecen firmes los muros de los edificios, trabajan las máquinas y ruedan los trenes sobre sus raíles, se imagina uno que todo se halla bien y en orden. En cuanto a las dificultades crecientes con que se tropieza para mantener el nivel de vida artificialmente alto, se atribuyen a otras causas, pero jamás al hecho de que se practique una política que devora materialmente el capital.

El problema de la dilapidación del capital en la sociedad destrucionista es ya uno de los problemas decisivos de la economía socialista. En la comunidad socialista sería también extraordinariamente grande el peligro de la dilapidación del capital, porque el medio más fácil de asegurar en ella el éxito a los demagogos sería el de aumentar la parte de los bienes consagrados al consumo a expensas de la formación ulterior del capital y de la conservación del capital existente.

Está en la naturaleza de la economía capitalista que se forme constantemente el capital. Cuanto más crece el capital, más se incrementa la productividad del trabajo y aumenta la remuneración del mismo, en valor relativo y absoluto. La formación gradual del capital es el único medio que permite multiplicar la cantidad de mercancías que la sociedad puede dedicar anualmente al consumo, sin comprometer el rendimiento de la producción futura; es también el único medio de mejorar de forma duradera el nivel de vida del obrero, sin perjuicio para las subsiguientes generaciones de trabajadores. Por esta razón el liberalismo ha declarado que la formación gradual del capital es el único medio que permite realizar una mejora permanente de las masas. El socialismo y el destrucionismo eligen otro método, consistente en consumir el capital para enriquecer el presente a costa del porvenir. La política del liberalismo se parece, en cambio, a la conducta de un padre de familia previsor, que economiza y construye para sus descendientes. La política que caracteriza el destrucionismo es la del pródigo que despilfarra su herencia sin preocuparse del mañana.

2

LA DEMAGOGIA

Para algunos partidarios del marxismo, el mérito histórico de Marx consiste en haber despertado la conciencia de clase en el proletariado. Al establecer el vínculo entre las ideas socialistas que, en los escritos de los utopistas y en los estrechos círculos de sus discípulos, se habían formado fuera de toda realidad, y el movimiento obrero revolucionario, que había conservado hasta entonces un carácter pequeño burgués, Marx echó, según ellos, las bases del movimiento proletario, que vivirá hasta haber cumplido su misión histórica, esto es, la edificación de la sociedad socialista. Marx descubrió las leyes dinámicas de la sociedad capitalista, y de la evolución histórica anterior dedujo los objetivos del movimiento social moderno, así como sus consecuencias naturales y necesarias. Mostró que el proletariado no puede liberarse como clase si él mismo no suprime el conflicto entre las clases y si no crea de este modo las condiciones de existencia de una sociedad en la cual «el libre florecimiento de las facultades de cada uno es la condición del libre florecimiento de las facultades de todos».

El observador imparcial considera la obra de Karl Marx de manera diferente a como la ven los soñadores entusiastas que le consideran una de las figuras heroicas de la historia y lo colocan en el rango de los grandes economistas y sociólogos, e incluso entre los más eminentes filósofos. Como economista, Marx no es más que un heredero sin originalidad de la economía clásica; es incapaz de estudiar los elementos económicos de los problemas sin sufrir la influencia de consideraciones políticas; observa las relaciones sociales desde el punto de vista del agitador, para quien la acción sobre las masas constituye lo esencial. Al hacer esto no es siquiera original, porque los socialistas ingleses, que defendían el derecho al producto íntegro del trabajo y que habían preparado el camino del movimiento cartista entre 1830 y 1850 por medio de sus escritos, habían ya expresado lo esencial de las ideas de Marx. Para colmo, tuvo la mala suerte de no sospechar siquiera la revolución completa de la economía que se inició en la época en que elaboraba su sistema, y que se manifestó poco después de la publicación del primer volumen del *Capital*, no obstante que cuando aparecieron los volúmenes

ulteriores estaban ya caducos en relación con la ciencia contemporánea. La escuela que lo sigue ciegamente ha sufrido más todavía esta mala suerte. Se ha visto obligada a encerrarse en una exégesis infecunda de los escritos del maestro y se ha guardado cuidadosamente de entrar en contacto, en cualquier forma, con la doctrina moderna del valor. Como sociólogo y filósofo de la historia, Marx nunca fue sino un hábil agitador que escribía para satisfacer las necesidades cotidianas de su partido. El materialismo histórico está desprovisto de valía científica. Marx, por otra parte, no ha tratado de darle forma intelectual y ha presentado sobre él concepciones múltiples y contradictorias. El punto de vista filosófico de Marx ha sido el de la escuela hegeliana. Se coloca entre aquellos escritores, casi todos ya olvidados, que en su época aplicaban el método dialéctico en todos los dominios de la ciencia. Han sido necesarios muchos años para que se haya tenido el valor de reconocer en él a un filósofo y de contarle entre los grandes pensadores.

Como escritor científico es seco, pedante y oscuro, pues le estuvo negado el don de expresarse en forma comprensible. Solamente en sus obras políticas llega a ejercer una acción real por medio de antítesis impresionantes y de sentencias que se graban fácilmente en la memoria y cuya vaciedad queda disimulada por la sonoridad. En la polémica no vacila en deformar las palabras del adversario, y recurre a la injuria en lugar de refutar.² En esto también los discípulos —no hizo realmente escuela sino en Alemania y en la Europa oriental, particularmente en Rusia— han seguido fielmente el ejemplo del maestro, pues insultan al adversario sin hacer jamás el menor esfuerzo para presentarle argumentos serios.

La originalidad y la importancia histórica del marxismo residen únicamente en el dominio de la técnica política. Reconoció el poder formidable que puede obtenerse en la sociedad convirtiendo a las masas obreras concentradas en las fábricas en un factor político; busca y descubre los eslógenes capaces de unir a estas masas con fines de acción común. Da la consigna que induce a la acción

² Por ejemplo, en *El Capital*, las expresiones que emplea al hablar de Bentham: «lugares comunes trillados», «imitador sin ingenio», «fárrago», «genio en medio de la estupidez burguesa» (vol. I, p. 573); o todavía más, a propósito de Malthus: «un plagio de escolar superficial y de cura desenfrenado» (vol. I, p. 580).

contra la propiedad individual a unos hombres indiferentes hasta entonces a las cuestiones políticas. Anuncia un evangelio que racionaliza su odio y transforma bajos instintos de resentimiento y venganza en misión histórica. Fortifica el orgullo de las masas al saludarlas como portadoras del porvenir de la humanidad. Se ha comparado a veces la rápida difusión del socialismo con la del cristianismo. Sería más exacto asemejarla a la del islamismo, que lanzó a los hijos del desierto al asalto de las viejas civilizaciones, revisitando su furor destructivo con una ideología moral y haciendo indomable su valor por medio de un rígido fatalismo.³ La médula del marxismo es la doctrina de la identidad de los intereses de todos los proletarios. Pero en la vida cotidiana el trabajador tiene que sostener constantemente la amarga competencia de los otros trabajadores y de aquellos que lo querrían desplazar; los trabajadores de un mismo oficio están, además, en competencia con los trabajadores de otras ramas de la producción y con los consumidores de los productos a cuya fabricación colaboran. Sólo excitando sus pasiones se podría inducir al trabajador, a pesar de estos hechos y experiencias, a buscar su salvación en la unión con los demás trabajadores. La tarea no era tan difícil, pues el resultado es siempre seguro cuando se quiere despertar los malos instintos del alma humana. Marx fue más lejos, adornó el odio del hombre vulgar con el nimbo de la ciencia, y lo hizo atractivo, igualmente, para el hombre de nivel intelectual y moral superior. Los demás sistemas socialistas han tomado este procedimiento de Marx, adaptándolo sólo en parte a sus necesidades particulares.

Marx, no hay que cansarse de repetirlo, fue un maestro genial de la técnica demagógica, pues consideró que la hora era propicia para concentrar las masas con objeto de una acción política unificada, y pronto se mostró dispuesto a encabezar el movimiento. La acción política no era para él sino la prolongación de la guerra con

³ De esta manera le es fácil al marxismo aliarse con el zelotismo musulmán. El marxista Otto Bauer exclama con orgullo: «En el Turquestán y el Azerbaián los monumentos de Karl Marx se levantan frente a las mezquitas y el mollah en Persia mezcla las citas de Marx con los pasajes del Corán cuando predica la guerra santa contra el imperialismo europeo.» Otto Bauer, *Marx als Mahnung*, en *Der Kampf*, XVI, 1923, p. 83.

otros medios, y su talento político se había concentrado en la táctica. Los partidos políticos que le deben su nacimiento y los que toman por modelo a los partidos marxistas siempre se han atenido a esta concepción. Han erigido la agitación, la conquista de votos y de almas, la propaganda electoral, las manifestaciones callejeras y el terror en técnicas cuyo aprendizaje requiere un estudio profundo durante años. En sus congresos y en su literatura podían consagrar más atención a los problemas de organización y de táctica que a las más importantes cuestiones fundamentales de la política. Para ser completamente exactos, debemos decir que esos partidos consideraban todo desde el punto de vista de la táctica de partido únicamente, y no se interesaban por ningún otro aspecto.

Esta actitud militarista respecto a la política, que revela el parentesco íntimo entre el marxismo y el estatismo prusiano y ruso, hizo rápidamente escuela. En este punto los partidos modernos de la Europa continental han aceptado totalmente la ideología marxista. En particular, los partidos de intereses especiales, que pretenden, gracias a la ideología marxista de la lucha de clases —aunque con objetivos diferentes—, unir a las clases medias del campo y de la fábrica, así como a la burocracia, todo lo han aprendido del marxismo.

Desde entonces se hizo inevitable la derrota de la ideología liberal. El liberalismo había evitado cuidadosamente los artificios de la política. Confiaba por completo en la fuerza interna de sus ideas y desdeñaba los otros procedimientos de lucha política. Jamás se preocupó de táctica política y nunca descendió a la demagogia. El viejo liberalismo era rigurosamente honrado y fiel a sus principios; esto es lo que sus adversarios llamaban su carácter «doctrinario».

Los viejos principios liberales deben hoy día revisarse en su totalidad. En los últimos cien años la ciencia ha sufrido una revolución completa, y en nuestra época es preciso buscar otros fundamentos sociológicos y económicos a la doctrina liberal. Sobre muchos puntos el pensamiento liberal no ha evolucionado hasta su conclusión lógica; por otro lado, existen también muchas lagunas que llenar.⁴ Pero los métodos de lucha política que debe emplear el

⁴ Véase mi *Liberalismus* (Jena, 1927) [ed. española, 3ª ed. en Ludwig von Mises, *Sobre liberalismo y capitalismo*, Unión Editorial, 1995].

liberalismo no pueden transformarse. A sus ojos, cualquier cooperación social proviene del reconocimiento, por la razón, de su utilidad, y todo poder tiene su origen en la opinión pública; y no puede emprender acción alguna que dificulte la decisión libre de los hombres pensantes. Sabe que la sociedad no puede progresar en el sentido de una cooperación más estrecha si no es reconociendo la fecundidad de esta cooperación. Sabe que no es ni un Dios ni un destino misterioso quien determina el porvenir social de la humanidad, sino precisamente el hombre, y nadie más que el hombre. Cuando las naciones marchan ciegamente a la ruina, es preciso tratar de abrirles los ojos. Pero si nada quieren oír, sea por sordera o porque la voz que las quiere prevenir es demasiado débil, no es por medio de artificios tácticos y demagógicos como se les puede volver al camino recto. La demagogia permite, quizás, destruir la sociedad, pero no puede en caso alguno servir para edificarla.

3

EL DESTRUCCIONISMO DE LOS ESCRITORES

El arte romántico y social del siglo XIX facilitó el camino al destruccionismo socialista. Este último, sin la ayuda así recibida, jamás habría podido conquistar los espíritus.

El romanticismo es una rebelión del hombre contra la razón, así como contra las condiciones de vida que le ha impuesto la naturaleza. Los románticos sueñan con los ojos abiertos; en su imaginación se liberan sin dificultad de las leyes del pensamiento y de las leyes naturales. El hombre que piensa y que actúa racionalmente trata de sobreponerse, gracias a la economía y al trabajo, al dolor que nace de la insatisfacción de los deseos; produce con objeto de mejorar su situación. El romántico es muy débil para producir, demasiado «neurasténico»; sueña con los éxitos que podría obtener, pero nada intenta para alcanzar su fin. No procura apartar los obstáculos con que tropieza en su camino, porque los hace desaparecer en sus ensueños. Como la realidad no responde a la imagen quimérica que se ha forjado, le tiene inquina. Detesta el trabajo, la actividad económica y la razón.

El romántico acepta como naturales los beneficios de la civilización social y desea, además, todo lo mejor y más bello que, en su opinión, los países y épocas lejanas ha ofrecido y siguen ofreciendo al hombre. Sumergido en la comodidad de la vida de las grandes ciudades europeas, aspira a ser un rajá hindú, un beduino, un corsario o un trovador. Pero el romántico nunca ve sino el flanco amable de la vida de todos estos hombres, y cierra los ojos a las ventajas que les han sido negadas y de las cuales él goza en exceso. Los jinetes galopan a través de los páramos sobre corceles ardientes; los corsarios capturan a bellas mujeres, los caballeros triunfan de sus enemigos y emplean el tiempo en amar y cantar. Los peligros que amenazaban su existencia, la pobreza relativa en que vivían, sus miserias y sus penas, son cosas en las que cuidadosamente evita detenerse la imaginación romántica. El romanticismo envuelve todo en un halo de luz dorada. Con este ideal de sus ensueños compara la realidad, que le parece triste y prosaica. Esta realidad ofrece obstáculos que es preciso franquear y que desconocen sus sueños, significa tareas diferentes de sus quimeras. No se trata en ese caso de arrancar bellas jóvenes de las manos de bandidos, de encontrar tesoros perdidos, de vencer a dragones. Es necesario trabajar sin reposo, sin desfallecimiento, todos los días, durante todo el año. Es preciso labrar y sembrar, si se desea recoger la cosecha. Todo esto lo quiere ignorar el romanticismo. Se lanza a la guerra contra la realidad con la misma obstinación de un niño. No hace sino bromear y burlarse; desprecia y aborrece al burgués.

La difusión del pensamiento capitalista desvía los espíritus del romanticismo. La poesía de los caballeros y de los corsarios se hunde en el ridículo. Los hombres tienen la posibilidad de observar de cerca la vida de los beduinos, de los piratas, de los maharajás y otros héroes de los sueños románticos y no piensan ya en envidiarlos. Comenzamos a regocijarnos de las conquistas de la sociedad capitalista, a comprender que la seguridad de la vida y la libertad, un bienestar apacible y una satisfacción más completa de las necesidades de la vida sólo pueden esperarse del capitalismo. El desdén romántico hacia lo burgués cae en descrédito.

Pero no es tan fácil hacer desaparecer el estado de ánimo de donde nace el romanticismo. La protesta neurasténica que se alza

contra la vida ha buscado otras formas de expresión, y las ha encontrado en la literatura social del siglo

XIX. Los poetas y novelistas verdaderamente grandes no fueron, en la época de que hablamos, escritores de tendencias político-sociales. Flaubert, Maupassant, Jacobsen, Strindberg, Conrad Ferdinand Meyer, para no citar sino algunos cuantos, se encontraban lejos de rendirse a la moda literaria. No debemos la exposición de estos problemas sociales y políticos a los escritores cuyas obras dieron al siglo XIX un lugar distinguido en la historia de la literatura. Fueron escritores de segunda o tercera categoría quienes introdujeron en la literatura los tipos del capitalista y del empresario de instintos sanguinarios, y del proletariado lleno de nobleza. Para estos escritores, el rico está equivocado, porque es rico; el pobre tiene razón, porque es pobre.⁵ «Parece que la riqueza fuera un crimen», exclama la señora Dreissiger en *Los tejedores* de Gerhart Hauptmann. Toda la literatura de esta época condena unánimemente la propiedad.

No discutimos el valor artístico de estas obras, y solamente tomaremos en consideración la influencia política que han ejercido. Han llevado el socialismo a la victoria y han ganado para su causa a las clases cultas. Gracias a estas obras, el socialismo ha penetrado en los círculos de los ricos; se ha apoderado de sus mujeres y de sus hijas; ha convertido en extraños de sus padres a los hijos, y al fin los empresarios y los capitalistas se han convencido asimismo del carácter culpable de su actividad. Banqueros, capitanes de industria, hombres de negocios, llenaban los palcos de los teatros donde se representaban, con aplauso del auditorio, las piezas socialistas.

La literatura social es una literatura tendenciosa. Cada obra está consagrada a la defensa de una tesis, siempre igual: el capitalismo es un mal, el socialismo la salvación.⁶ Si la repetición machacona del mismo tema no ha conducido más rápidamente al aburrimiento que engendra la monotonía, ello sólo se debe al hecho de que los

⁵ Cazamian, *Le roman social en Angleterre (1830-1850)* (París, 1904), pp. 276 ss.

⁶ Sobre la tendencia socialista en la pintura, véase Muther, *Geschichte der Malerei im 19. Jahrhundert* (Munich, 1893), vol. II, pp. 186 ss; Coulin, *Die sozialistische Weltanschauung in der französischen Malerei* (Leipzig, 1909), pp. 85 ss.

distintos escritores tienen en el ánimo formas diferentes de la comunidad socialista. Pero todos, siguiendo el ejemplo dado por Marx, evitan describir más de cerca la organización socialista que preconizan; la mayor parte deja entrever por medio de alusiones —por otra parte a menudo muy claras— que desean el advenimiento de una sociedad socialista. El hecho de que el encadenamiento lógico de los argumentos sea insuficiente y que las conclusiones se desvanezcan al primer contacto, es tanto menos de llamar la atención cuanto que sucede lo mismo con los escritores socialistas que dan a sus obras forma científica. Las obras literarias se prestan mejor a una apología del socialismo porque sus autores poco tienen que temer a un estudio razonado que refute sus argumentos en detalle. No hay costumbre, cuando se leen novelas u obras de teatro, de someter sus diferentes pasajes a un examen crítico. Si así se hiciera, siempre quedaría al autor el recurso de manifestar que las ideas que expresa deben atribuirse a su héroe, sin que él las haga suyas. El efecto que en el público produce el carácter de los personajes no puede, en ningún caso, destruirse con argumentos lógicos. Incluso si al «rico» se le describe siempre como un ser perverso, no se le puede reprochar al autor en cada caso particular. El efecto producido por el conjunto de la literatura contemporánea no cambia, y ningún autor en particular es responsable de ello.

En *Hard Times*, Dickens pone en boca de Sissy Jupe, la pequeña hija abandonada de un payaso y una bailarina, parte de los argumentos destinados a refutar el utilitarismo y el liberalismo. El señor M'Choakumchild, profesor de la escuela modelo del capitalista benthamita Gradgrind, hace esta pregunta: «Cuando perecen quinientos sobre cien mil pasajeros, ¿cuál es el porcentaje de los ahogados?», y la pequeña responde, refutando en su candor la autocomplacencia del manchesterismo, que para los padres y amigos de las víctimas no existe porcentaje. Esto es sin duda —abstracción hecha del carácter artificial e inverosímil de la escena— muy bello y muy emotivo. Pero nada prueba contra la satisfacción que los burgueses de la sociedad capitalista pueden experimentar por haber reducido en una proporción tan grande los riesgos de la navegación. Y si el capitalismo consigue que sobre un millón de hombres sólo veinticinco mueran de hambre cada año, ello debe

considerarse como un éxito, porque bajo los regímenes económicos anteriores moría un número más elevado, y no es la pertinente observación de Sissy, cuando expone que para las víctimas es igualmente dura la muerte por hambre, no importa cuán grande sea el número de quienes no la sufran, la que vaya a cambiar nada y tampoco basta para probar que morirían de hambre menos hombres en una sociedad socialista. La tercera observación que Dickens pone en boca de Sissy tiende a mostrar que no se puede juzgar de la prosperidad económica de un pueblo según su riqueza total, sino que más bien es preciso considerar la distribución de esta riqueza. Dickens no estaba suficientemente familiarizado con los escritos de los utilitaristas para saber que nada aportaba que pudiese contradecir el viejo utilitarismo. Bentham insiste particularmente en la idea de que una suma dada de riqueza aporta más felicidad cuando está igualmente repartida que cuando unos reciben con exceso y otros se quedan sin recibir.⁷

El polo opuesto de Sissy lo proporciona el niño modelo Bitzer. Este coloca a su madre en un asilo y se limita a darle cada año media libra de té. Esto, dice Dickens, sería realmente una debilidad del muchacho, por lo demás admirable, a quien califica de *excellent young economist*. Porque toda limosna, por una parte, disimula la tendencia inevitable a pauperizar a quien la recibe y, por la otra, porque lo único razonable que habría podido hacer Bitzer con el té habría sido comprarlo al precio más bajo posible y revenderlo al más alto imaginable. ¿No han demostrado claramente los filósofos que en esto consiste todo el deber del hombre, nótese bien, todo el deber y no solamente parte de él? Tales consideraciones, que millones de hombres han leído con la indignación correspondiente, deseada por otro lado por el autor, con relación a la baja del pensamiento utilitarista, carecen absolutamente de fundamento. Los economistas liberales han combatido que se fomente la mendicidad por medio de la limosna dada al azar, y han demostrado la inutilidad de los esfuerzos para mejorar la situación de los pobres por otros medios que no sean el incremento de la productividad del trabajo. Han considerado como perjudicial para los proletarios,

⁷ Bentham, *Principles of the Civil Code*, pp. 304 ss.

en último análisis, que para apresurar la repoblación se obligue, por medio del estímulo, al matrimonio prematuro de personas que no se encuentran en estado de satisfacer las necesidades de su descendencia. Jamás se han opuesto al auxilio que se concede a personas carentes de recursos e incapaces de ganarse la vida. Es inexacto que hayan rebatido la obligación moral que tienen los hijos de sostener a sus padres ancianos, y nunca la filosofía liberal de la sociedad ha considerado como un «deber» y como «la última palabra de la moral» comprar al precio más bajo para revender al más alto. Esta filosofía ha demostrado que ése es el procedimiento racional que permite al individuo la satisfacción *indirecta* de sus necesidades; pero el hecho de dar té a una madre anciana no es más irracional, a sus ojos, que el hecho de beber té.

Basta poner los ojos en las obras de los escritores utilitaristas para desenmascarar las deformaciones sofisticadas que se ha permitido Dickens. Pero sobre cien mil lectores de la novela de éste, apenas se encuentra uno que haya leído una línea de algún autor utilitarista. Millones de hombres han recibido de Dickens y de otros muchos novelistas que se distinguen de él por un menor talento, aunque comparten sus tendencias político-sociales, el odio al liberalismo y al capitalismo.

De todos modos, Dickens —y lo mismo puede decirse de William Morris, Shaw, Wells, Zola, Anatole France, Gerhart Hauptmann, Dehmel, Edmundo d'Amicis y otros más— no era un partidario declarado del destruccionismo.

Todos condenan la organización capitalista de la sociedad y combaten, sin darse cuenta siempre de la verdad, la propiedad privada de los medios de producción. Y todos hacen presentir tras sus palabras la imagen grandiosa y llena de promesas de una sociedad mejor. Reclutan partidarios para el socialismo; y como éste debe conducir necesariamente al aniquilamiento de la vida social, se hacen todos ellos protagonistas del destruccionismo. El socialismo literario ha tenido el mismo resultado que el socialismo político, el cual, con el bolchevismo, ha terminado por unirse abiertamente al destruccionismo. Tolstoi es el gran profeta de un destruccionismo que se apoya en las palabras del Evangelio. Las enseñanzas de Cristo, que no se habían predicado sino en consideración del advenimiento inminente del reino de Dios, se convierten en norma

válida para la vida de todos los hombres en todos los tiempos. A imitación de las sectas comunistas de la Edad Media y de la Reforma, desea edificar la sociedad sobre los mandamientos del Sermón de la Montaña. Sin duda no va hasta el extremo de tomar al pie de la letra el ejemplo de los lirios del campo que no hilan ni tejen; pero no hay lugar en su ideal de la sociedad para otros hombres que no sean los agricultores que se bastan a sí mismos y que cultivan un pedazo de tierra rudimentariamente, y es demasiado coherente cuando pide la destrucción de todo lo demás. Los pueblos que han acogido con entusiasmo los escritos que claman con tanta resolución por el aniquilamiento de todos los valores de la civilización se encuentran al borde de una gran catástrofe social.